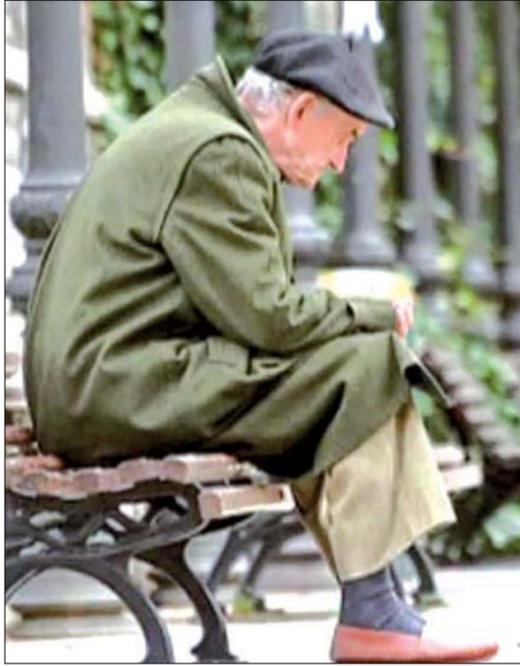


LETRAS DURANGUEÑAS



POR ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA



Mi padre en el recuerdo

FCO. JAVIER GUERRERO GÓMEZ
EL SIGLO DE DURANGO
Durango

En esta casa el tiempo de ha hecho mi compañero, los hijos se han ido a otros estados buscando su propio destino, así como yo escapé del hogar paterno buscando nuevas auroras, ahora solos mi esposa y yo nos platicamos cosas iguales pensado que son nuevas y cada quien se va a su lugar preferido a cosechar recuerdos. Ahora tengo mucho tiempo para repartirlo y cuando me abruma la soledad busco entre las sombras de lo que fue y lo que ya no es posible recordar. Es cuando agobiando por los remordimientos busco entre las envejecidas neuronas de mi mente la voz armoniosa de mi padre.

Aquí estoy en cuerpo entero, en el universo que se mueve dentro de mí. El sol de tu presencia me aprieta la vida. El pueblo puede diluirse, yo busco tu sombra, abierta la jaula donde mueven la hilera larga de los caprichos, los deseos, las ilusiones rotas y el anhelo por buscar la voz perdida de mi padre. Tengo que gritar para escucharme, muchos días vacíos, palabras rodando a la intemperie, luz de los olvidos tendrán alguna resonancia. Mi padre diga el rumbo donde seguiré en busca de la aurora, en su frente tantas veces mis labios posaron como moscas anónimas, sentía que los caminos se salían como ráfagas, desde entonces no más tiempos, todo estaba en él, no creía en nadie, solamente en el color tan puro de terciopelo y dulzura que emanaba mi padre...

Ocultaba su mirada, me hacía sentir el dueño del mundo. Cuanto pudo darme lo arrojé en el fondo roto de mi alma, como se tiran los años felices de la vida. Ahora hace tiempo que estoy solo, me es imposible llegar a un padre muerto...Lo llamo en mi delirio, su palabra en forma de paloma que busca en el océano la tierra prometida, se eterniza.

Padre quiero robar los besos que me diste, para

alumbrar la senda, estrechar la mano que quedó tendida, llena de bendiciones en el aire.

Mi mente que era joven aventurera, hoy se marchita por los tiempos, inclinada, busca tu abrazo.

Padre, monumento de fe, cuantos caminos tuviste que acorta, la sangre es un deseo en cada latitud, pasos imprecisos en lupanares y tugurios se encharcaban de insultos. Los amigos eternos confidentes de los malos presagios.

Inacabable enredadera que aprisiona el alba, las luces de Venus. Las ansias salían como al gorrión las alas, marchamos sin tocar el presente hacia la búsqueda de la palabra libertad.

Te hice sufrir con abandonos, te creía eterno. En más de una ocasión mi labio te cortó los pensamientos, te dejó sumido en el fondo sin luz del vereda que lleva al oscuro rincón de la indiferencia, padre de siempre: Dejé mi pueblo y en él, el almacén de tu plegaria, comencé a comprender que la distancia es la doctrina fiel de quien se marcha...

Tu nombre se incrustaba como la culpa, hasta el hueco donde el corazón hacia su recorrido sin moverse.

Cuanto tiempo se atan solo ser este momento. Lejos de ti en tierra que no era ni un poco de la mía. Tus palabras poco a poco fueron fortificarme, creciendo como una mata de maíz ante el desierto de mi lejana juventud. Te comprendía volviendo a sentir el mundo de tu beso en mi alma pasajera.

Gracias, padre, por permitir que tu recuerdo y tu presencia volátil, lleguen hacia mí. Y como si fuera agua bendita vuelven a bautizar mi pensamiento y hacen que el murmullo apasionante con el que me envolvías en tus cuentos. Ahora me acompañen en esta etapa en que necesito de tu voz para compartirla con mi esposa y así soportar la ausencia de los hijos y de los nietos con las esperas en la puerta de la casa que sigue siendo de todos ellos.

Visiones de Durango

ÓSCAR JIMÉNEZ LUNA
EL SIGLO DE DURANGO
Durango

Durango es fundamentalmente visual. Junto al mundo de los sabores, de cierta moderación y sin tanto contraste como en el sur del país, o su música tradicional con reminiscencias y ecos del corrido, sus espléndidas imágenes forman una galería de verdadero privilegio. Enmarcados entre el austero semidesierto y los verdes vigorosos de su sierra, sus paisajes y arquitecturas más emblemáticas seducen siempre la mirada. La sensibilidad para ver –y a veces descubrir– nuestros lugares más memorables propician ese momento, que luego por fortuna se prolonga, en donde se enlaza el sentimiento de pertenencia, de muy hondas raíces, con los esperanzados horizontes del porvenir. Voluntad de ser y permanecer en el tiempo.

Fotógrafo de prensa, cuyos largos recorridos por el territorio duranguense han contribuido a forjar su experiencia profesional, Luis Eduardo Meraz Mejorado, quien ahora nos presenta su libro *Bajo el cielo de Durango*, ha recibido igualmente las lecciones de José Antonio Meraz Mejorado, sin dejar de lado otras valiosas admiraciones: Fernando Gaytán Serrano, Jesús Alvarado Haro, Juan Nava Stenner.

Abrir las páginas de esta obra es reencontrarse con estampas por demás entrañables. Es un regreso al pasado a través de algunas muestras históricas como las ruinas de la antigua fundición de La ferrería o los admirables recintos que guardan la fe de sus pobladores: la Catedral, los templos de Analco, San Agustín y, sin agotar la lista, el Santuario de Guadalupe. Destacan también los diferentes ángulos que nos acercan al Edificio Central de la Universidad Juárez, que siglos atrás albergara las enseñanzas de los jesuitas. Y al girar la cámara, nuestro autor recupera asimismo lo mejor



de la construcción civil de la ciudad: los palacios de Zambrano y Escárcega, recientemente convertidos en atractivos museos, el teatro Ricardo Castro, la casa particular de estilo afrancesado que perteneciera al ilustre Lic. Francisco Gómez Palacio –y que significativamente la voz popular sigue llamado “El aguacate”–, el actual asiento de Bancomer, que tantas añoranzas despierta al recordar aquel majestuoso Banco de Durango, para llegar a la que sin dudas, en este sentido, la joya de la corona: la fachada barroca de la Casa del Conde del Valle de Súchil (desde hace algunos años residencia de Banamex), según los especialistas el edificio más hermoso en su categoría de todo el norte de México. Se nos viene entonces a la memoria aquella ilustrativa frase de Francisco de la Maza, quien en sus Notas de arte con razón apuntaba: “Una visión general de la ciudad de Durango nos convence inmediatamente de que estamos en presencia y vivencia de los siglos XVIII y XIX”.

Al seguir en las mismas cercanías, doblando esqui-

nas y hojas de la obra que nos ocupa, nos detenemos ante un Durango restaurado –ampliación estética redimensionada en fechas cercanas a las celebraciones de los 450 años de la fundación de la ciudad–, una multiplicación, digo, de la magnífica belleza recobrada. Aparece La Plaza Fundadores, la calle Constitución –de día y de noche–, el puente de Analco, el Paseo de Las Alamedas –maravillosa pintura de sucesión de primaveras y otoños, lugar del amor y la inspiración de los poetas–, el túnel del nuevo Museo de minería, para continuar unos pasos más allá y observar la anterior Estación del tren, el llamado Puente del Baluartito o el deslumbrante ex Internado Juana Villalobos, con su afortunada conjunción de geometrías de cantera y sus entornos de jardines extendidos. Cercados por los emblemáticos cerros de Los Remedios y de Mercado, encontramos fuentes, pequeños lagos de aguas diáfanas, parques y rincones que se añaden al cultivo espiritual de los vecinos.

De la misma forma, no han escapado a la lente si-

tios más lejanos como La velaria de las instalaciones la feria, los sets cinematográficos de Chupaderos, la presa Peña de Águila, el Espinazo del Diablo, las cascadas serranas. Vistas panorámicas, nocturnas, de amaneceres, de nevadas que regresan de vez en vez, incluso con cierta puntualidad.

Testimonio del hacer infatigable sus habitantes, de su casa tan llena de regalos naturales, Bajo el cielo de Durango es así, simultáneamente, la nostalgia común de todos nosotros y la certidumbre del valor histórico, cultural y artístico del patrimonial que hemos heredado y transformado con esfuerzo y creatividad. El libro de Luis Eduardo Meraz Mejorado deja constancia, con los saberes de su oficio, de las formas y los colores que nos acompañan en este cruce de milenios. Tenemos a la mano una inmejorable carta de orientación para el siglo XXI.

(Prólogo al libro del título y de la autoría de referencia, de cuyos contenidos ilustra esta página una muestra. La obra será publicada en fecha próxima.)

Tres poemas

LUNA MUDA

Llora la ausencia
tu ausencia.
No concibo que se haya ido
quedan recuerdos.
Luna muda dime por qué,
antes que vaya tras ella.
La voz del viento me hace temblar:
dudas.
Sólo vive quien ama.

EL SILENCIO

A los arrogantes vs. Dios
Amo el silencio.
En él encuentro la paz:
la salud que solamente Dios nos da.
Lo busco a cada instante.
El silencio es circunspecto
y todo lo ve,
escucha,
intuye.

Entre silencios y meditaciones

Me hundo,
me olvido
de mi olvido:
Como un muerto
...y mi alma vive.
¿Y si el ruido fuera también silencio?

EL CORAZÓN DE DIOS

Pecador irredento.
En aquella cruz quedé
Tu pecado y mi dolor.
Quiero traer a tu memoria
lo que aún te espera:
El corazón de Dios no ha muerto
y día a día clama por ti.
Y es su anhelo que le
des la espalda al traide,
y su alabanza te santifique.
Él te librará del yugo.

Abel Gamboa Montenegro (1934-2018)